PIONEROS DEL GUADARRAMA (III)

El trovador enamorado del Guadarrama

Jonathan Gil Muñoz
elguadarramista@gmail.com

En nuestro espacio de entrevistas ficticias nos encontramos con Juan Almela Meliá. Su obra describe, de forma íntima, un Guadarrama idílico, lleno de rincones bucólicos.



Juan Almela Melia.

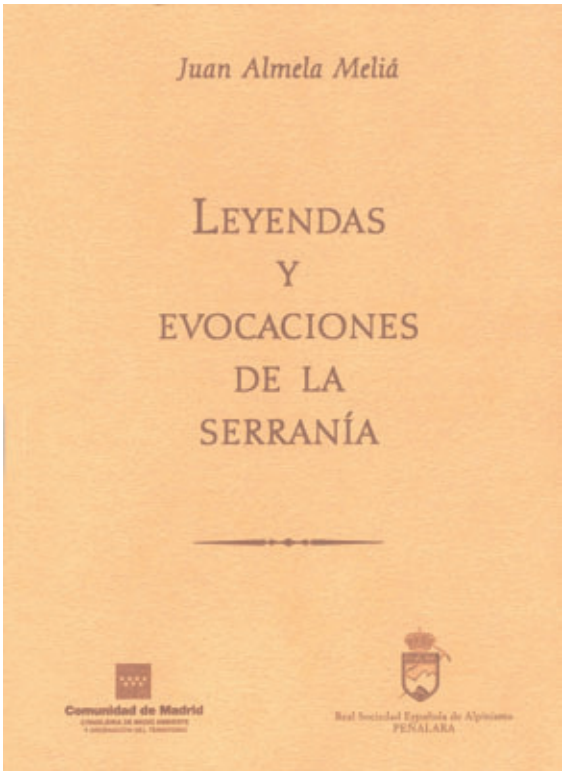
Nos internamos de lleno en lo más profundo de la sierra de Guadarrama. Nuestra caminata pasa por momentos difíciles cuando enfilamos hacia Peñalara, el techo pétreo de estas montañas, que vigila desde su altura todo lo que sucede a su alrededor, impertérrita. Unos finos copos de nieve han teñido nuestras vestimentas montañeras de blanco, añadiendo más centímetros níveos a la capa que se acumula en el camino y por doquier. Cuando, a la vuelta de un recodo en la ruta, divisamos al fondo la mole de Peñalara, nos quedamos ensimismados con su estampa. La vestimenta pálida que por estas fechas ha adoptado la confiere el simbolismo de un tótem prehistórico, como si se tratara de la madre de todas las montañas de la Tierra. A sus pies se adivina la que llaman laguna Grande del Peñalara. A pesar del frío, sus aguas aún no se han congelado, pero lo harán a medida que el invierno serrano se haga más fuerte.

Nuestra excursión tiene como meta el refugio de Zabala, ese gran escalador que hace pocos años nos abandonó tristemente. En este abigarrado emplazamiento alpino nos espera Juan Almela Meliá, otro devoto del Guadarrama, de sus montañas, de sus atajos pedregosos, de su aire puro, de sus leyendas populares y su inagotable fuente de evocación poética. Precisamente ese es el título de su último libro, *Leyendas y evocaciones de la serranía*. Lo traemos en el morral, a la espera de poder hablar de él con su autor, al cobijo de los fríos y las ventiscas que comienzan a levantarse y nos azotan los rostros cuando ya divisamos el refugio. De su chimenea sale un humo alborotado que disipa el viento al instante, un reclamo de oasis de alta montaña que nos sacude nuestros ateridos cuerpos de montañeros inexpertos.

EL RECUERDO DE UN INSIGNE MONTAÑERO

Por fin llegamos. Entramos sin llamar, olvidando los buenos modales, pero las circunstancias mandan y el clima ha empeorado más. Una ráfaga de ventisca nos precede. Cuando cerramos el portón dejamos atrás una de las caras del carácter serrano de estas montañas. Al quitarnos los gorros nuestras miradas dan de bruces con el rostro de Meliá que con una sonrisa de oreja a oreja nos da la bienvenida mientras nos ayuda a despojarnos de nuestro equipo y ropas alpinas, al tiempo que nos sirve dos tazas de un café espeso, de puchero como lo llaman en los pueblos de esta comarca. Su intenso sabor nos da un respiro y revitaliza nuestras entrañas congeladas. Nos acercamos tanto a la lumbre que nuestras ropas comienzan de inmediato a humear, evaporándose el frío que hemos ido acumulando a lo largo del camino.

Meliá se hace cargo de nuestra inexperiencia en estas lides y espera pacientemente a que entremos en calor. Se sienta detrás de nosotros, sobre una montañita de tronquitos de madera a modo de taburete. Su frente despejada y sus ojos inteligentes se clavan en la llamas de la lumbre y nos habla de la suerte que es para los





montañeros del Guadarrama disponer de un refugio como aquel en días como este, en los que el invierno saca sus uñas. Esto le hace recordar a su querido amigo Zabala, "*ejemplar insigne de luchador*" nos dice con una voz teñida de una gran amargura, "*América le ha devorado, pero el lugar es lo de menos: Europa, Madrid, habrían hecho lo mismo. No son los continentes, sino los hombres los que matan*". Son unas palabras de recuerdo que nos hacen volver la mirada de Meliá a lo más profundo de las llamas, donde nuestro entrevistado parece proyectar todas las imágenes y recuerdos que guarda de su compañero desparecido. "*Su vigor, su valentía en la brega nos admiraron y estimularon. Su pugna en la escalada de la victoria recibió el aliento de nuestras palabras fraternales; sus triunfos hallaron eco de alegría en nuestro corazón*". Justo cuando termina Meliá de decir estas palabras, se levanta de su improvisado asiento para lanzar un tronquito a la lumbre, que consume ávidamente la madera.

UNA AMISTAD MONTAÑERA

Y es que estas montañas, que apenas podemos vislumbrar sus siluetas cuando echamos nuestra mirada por los ventanucos del refugio, han forjado incontables amistades en las últimas décadas entre los exploradores incansables que se aventuran sin temor en cualquier época del año entre estos riscos solitarios. Un buen ejemplo de esos compañerismos montañeros es el que tiene por protagonista a nuestro entrevistado y a

Constancio Bernaldo de Quirós. "*Fue en la misma cúspide de la Machota chica, esa áspera y linda montañita que se alza a Poniente de El Escorial*", nos relata Meliá, que recuerda con gran cariño aquel momento en el que su maestro, como le denomina, le invitó a que se tutearan. "*Cumbres, puertos, caminos, senderos, valles… fueron soldando el alma del uno con el alma del otro*", sigue Meliá, para quien las andanzas montañeras son una "*insuperable escuela de amistad*".

Más aún, "*en las asperezas de la vida alpina se acrisola el alma de los buenos y aparecen las fealdades del alma de los que no lo son*". Menos mal que Meliá no acompañó al reportero que escribe estas líneas y su fotógrafo, camino del refugio de Zabala, ¿qué hubiera pensado de este par de hijos del Foro que a duras penas podían dar un paso detrás de otro cuando llegaron allí? Por suerte nuestras cuitas no interrumpen las palabras de Meliá; "*esos amigos*", los que nacen en las aventuras serranas, "*no han de serlo únicamente en la montaña*", de esos que superan los ejercicios alpinos "*podéis fiaros en la vida ciudadana; de los otros no*", así de claro y contundente se muestra Meliá.

Como hiciera en otro momento de nuestra entrevista, se levanta y busca algo en su morral. De allí saca un sobre con mil dobleces en el que guarda una fotografía.

DOS RINCONES DEL GUADARRAMA

La instantánea que nos muestra a la luz del fuego no es sino la que todos los montañeros de la sierra de Guadarrama guardan en el álbum de su memoria; el Yelmo de la Pedriza de Manzanares. Nos la muestra con orgullo, pero no por el encuadre o cualquier otro aspecto técnico de la toma, sino por el verdadero significado de la foto; el redescubrimiento de la Pedriza. Este paraje del Guadarrama, junto con la Maliciosa "*son los dos predilectos de mi gusto, los que con más fuerza me atraen cuando en ellos pienso y cuando los miro desde la charca madrileña*", afirma Meliá. El motivo de esta atracción es el rostro y apariencia tan dispar que muestran ambos enclaves montañosos con respecto al resto de cimas que forman la Sierra. Esos otros montes a los que están unidos "*son la humanidad vulgar y egoísta, sedentaria y gorda. Nunca he ido, nunca iré con ellos*".

Así, hablando con Meliá de la montaña, del hombre y su sociedad, pasamos la noche en aquel refugio de Zabala. A la mañana siguiente nosotros partimos valle abajo, disfrutando de las espléndidas vistas que nos brinda un cielo limpio, mientras que Meliá toma sus herramientas alpinas y se despide de nosotros camino de la cima misma de Peñalara.



A mediados de agosto se inauguró en Rascafría la compañía de guías de montaña liderada por Nuria Hijano, que pone al alcance de cualquiera las mejores excursiones acompañadas por el recién inaugurado Parque Nacional del Guadarrama y por cualquier montaña del mundo. Les deseamos mucho éxito.